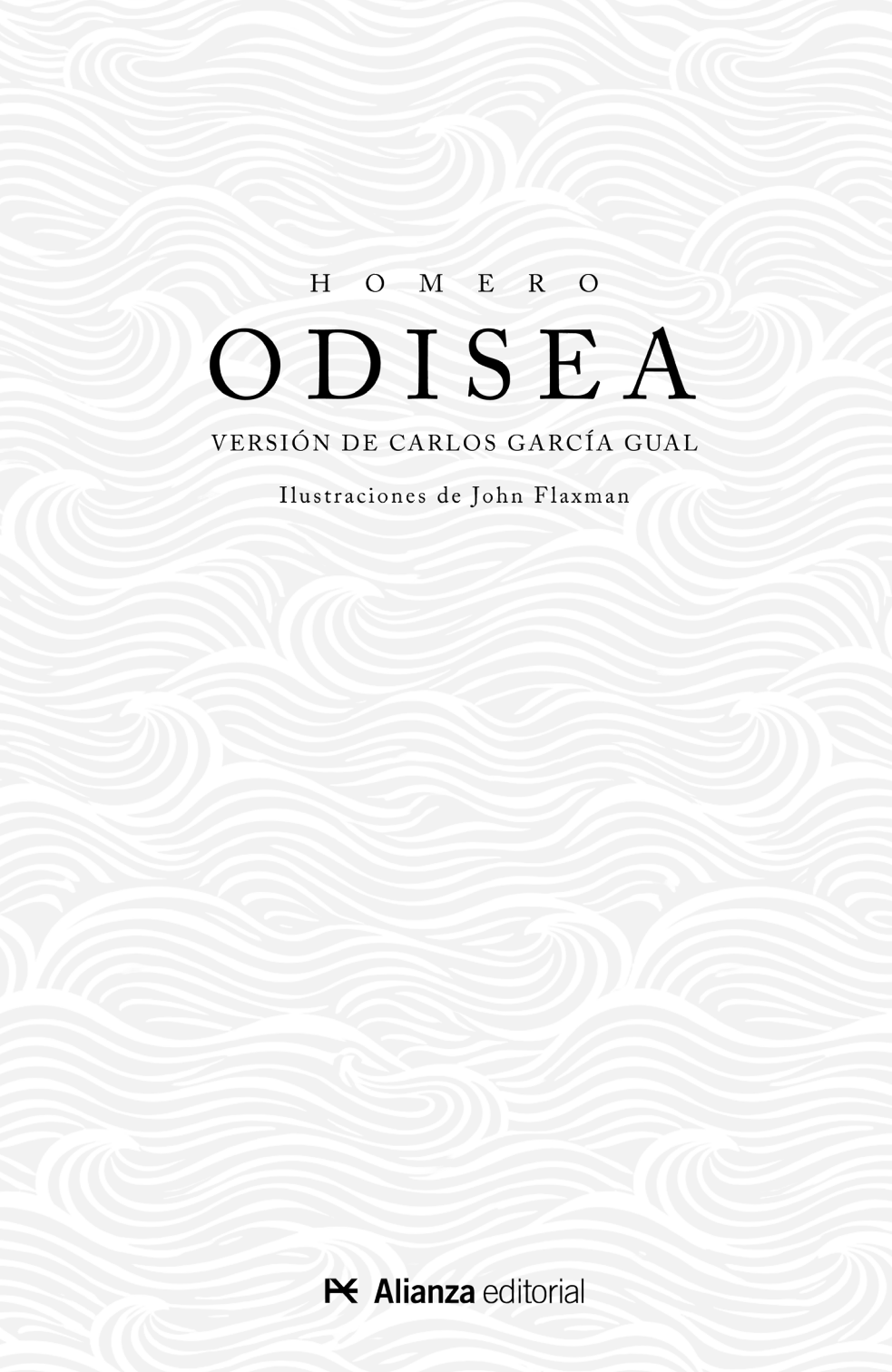




H O M E R O

ODISEA

VERSIÓN DE CARLOS GARCÍA GUAL

Ilustraciones de John Flaxman

Índice

Prólogo	9
Nota bibliográfica.....	41
Odisea	
Canto I.....	45
Canto II.....	62
Canto III	78
Canto IV	97
Canto V.....	130
Canto VI	148
Canto VII.....	161
Canto VIII	174
Canto IX	196
Canto X.....	217
Canto XI	238
Canto XII.....	260
Canto XIII	277
Canto XIV	293
Canto XV.....	313
Canto XVI	334

Canto XVII	351
Canto XVIII	373
Canto XIX	389
Canto XX.....	410
Canto XXI	425
Canto XXII.....	441
Canto XXIII	459
Canto XXIV	473
Índice onomástico	493
Sumario de la obra	515

Prólogo

Con la *Iliada* y la *Odisea* comienza la literatura griega, es decir, la tradición literaria occidental. La composición de las dos extensas epopeyas atribuidas al patriarca de la poesía antigua, Homero, puede situarse en el siglo VIII a.C. Tradicionalmente, y con buenas razones, se considera algo más antigua la *Iliada*, y algo posterior, probablemente de finales del mismo siglo, la *Odisea*. Esta secuencia era ya admitida por los filólogos antiguos, y así el autor del tratado crítico *Sobre lo sublime* –que destaca la grandeza trágica y épica de la primera frente a la amena narratividad de la segunda– opinaba que, frente al ardor guerrero de la epopeya troyana, la *Odisea* reflejaba el interés del viejo aedo por nuevos motivos. Con la *Odisea* la épica renueva sus temas, deja de centrarse en las batallas y muertes heroicas, y deriva hacia la narración de viajes y aventuras. La *Odisea* se caracteriza, como se ha dicho muchas veces, por sus escenarios fabulosos y sus

aires novelescos, y, bien *avant la lettre*, parece preludiar las ficciones realistas y fantásticas de la literatura «entre el cuento y la novela».

El protagonista de la *Odisea*, que da nombre al poema, viene de la guerra de Troya y figuraba como un héroe destacado en la *Iliada*. La *Odisea* es la historia de su largo regreso a su palacio en Ítaca, pero aporta muy interesantes referencias sobre los héroes y sucesos troyanos. Es en la *Odisea* donde se cuenta –por boca del melancólico Menelao– el final de la larga guerra, la destrucción de Ilión tras la muerte de Héctor y la del gran Aquiles, y el trágico destino de otros caudillos aqueos, como el poderoso Agamenón, cuyas almas Odiseo reencontrará en el Hades, en su visita al mundo de los muertos. La sombra de Troya y los guerreros muertos flota de cuando en cuando sobre la azarosa vuelta al hogar de Odiseo.

Pero la *Odisea* apunta, tanto por la figura de su protagonista como por sus otros personajes y sus escenarios, una modernidad que no tiene la *Iliada*. Si ésta la supera en su estruendo trágico y su patetismo, la *Odisea* compensa su menor densidad épica con su aire nuevo de variado relato de viajes y aventuras, con sus diversos tonos y múltiples escenarios y motivos. De ahí que pueda verse como el prototipo auroral de todos los relatos de viajes fantásticos y novelescos. De ser el nombre propio de un texto literario, la palabra «odisea» ha pasado al lenguaje corriente para designar un viaje arriesgado y esforzado, y el nombre de Odiseo, o en su forma latina, Ulises, se ha convertido en un símbolo del viajero esforzado, errante y de talante fabuloso, que trata de volver a su patria pobre.

De ahí que en todo relato de viajes pueda percibirse un eco del gran relato homérico, como ha escrito Claudio Magris:

Todo auténtico viaje es una odisea, una aventura, cuya gran pregunta es si uno se pierde o si se encuentra atravesando el mundo y la vida, si se aferra al sentido o se descubre la insensatez de la existencia. Desde los orígenes y desde aquel que quizás sea el mayor de todos los libros, la *Odisea*, literatura y viaje aparecen estrechamente vinculados, en una análoga exploración, destrucción y recomposición del mundo y del yo.

Los diversos escenarios de la *Odisea*

Aunque compuesta con el mismo lenguaje poético y la misma técnica narrativa, según las normas de la antigua composición oral –con sus repetidas fórmulas poéticas y sus epítetos tradicionales–, que la *Iliada*, la *Odisea* es, como decíamos, un poema muy distinto por su ambiente espiritual y sus escenarios. Ya desde el comienzo se perfila el contraste entre ambos relatos: de un lado la ira funesta, que trajo consigo las múltiples muertes de guerreros, según el plan de Zeus; del otro, el héroe vagabundo y sufrido que en vano se empeñó en salvar a sus compañeros en su largo viaje de regreso. Toda la *Iliada* ocurre en torno a Troya y en Troya (con la excepción de algunas escenas divinas que ocurren en el Olimpo). En la *Odisea* tenemos los varios y diversos escenarios que visita Odiseo en su errante viaje hacia Ítaca. Por eso la *Odisea* da la impresión de más extensa, aunque sea unos dos mil ver-

sos y pico más breve que la *Ilíada*: por sus varios ámbitos y por las aventuras de su héroe viajero.

Hay, en efecto, tres escenarios bien distintos: el de la guerra de Troya –que quedó atrás y que es evocado por los relatos de Menelao y Néstor en la «Telemaquia»–, el de las aventuras marinas narradas por el propio protagonista –que va desde el puerto de los feroces lestrígones hasta el Hades sombrío e incluye además la ínsula de Feacia– y el escenario de ambiente realista de Ítaca. Esos tres escenarios corresponden a tres facetas de Odiseo: el guerrero iliádico, el aventurero marino y el rey que regresa a recobrar su hogar y a su mujer y vengarse de los pretendientes. Cada uno tiene su propio tono y su resonancia. Entre lo épico y lo novelesco se configura la peripecia de Odiseo (o Ulises, según su nombre latino). Épico es el guerrero que luchó en Troya y justificó al final su epíteto de «destructor de ciudades». En cambio, el protagonista astuto de las aventuras marinas se mueve en otro ambiente: el de los relatos fabulosos de un *folktale* anterior a la épica, más próximo a los cuentos maravillosos. Y el Odiseo que disfrazado de mendigo entra en su palacio y luego empuña el arco para la matanza es un personaje que podría ser un héroe novelesco. Entre el cuento, la épica y la novela se mueve Odiseo, cuya figura da unidad al relato.

La *Odisea* es, en efecto, «el poema de Odiseo», un héroe singular, complejo, mucho más moderno que cualquier otro arcaico caudillo griego. Ya en la *Ilíada* a Odiseo sus epítetos lo caracterizan como un guerrero de carácter singular. No lo adjetivan por sus dotes físicas, ni por sus armas (como Aquiles, rápido de pies, Ayante

el del gran escudo, o Héctor el del penacho tremolante), sino por sus dotes espirituales. Es «astuto, diestro en trucos, muy sufrido, muy inteligente, de muchos manejos» (es decir: *polymetis*, *polyméchanos*, *polytlas*, *polyphron*, *polyainos*, etc.). No es ya un joven héroe rubio y alto, sino un tipo de muchas experiencias que triunfa sobre los peligros gracias a su paciencia y su astucia. Es, como se dice en el primer verso, *polytropos*, es decir, ‘de múltiples tretas, asendereado, de muchas vueltas’. Hay un único dios que comparte, muy significativamente, ese epíteto con Odiseo: el *polytropos* Hermes, dios viajero y de muchos trucos (como Odiseo), un dios simpático y con el que el héroe tiene una relación familiar.

Para su viaje errante Odiseo cuenta con esa *polytropie*, esa versátil inteligencia con la que sabe acomodarse y enfrentar los peligros y escapar de los monstruos y de las magas con astucia y paciencia y sutil manejo de la palabra. Es muy significativo que, enfrentado con Ayante por las armas de Aquiles, tras la muerte de éste, sea Odiseo quien las haya obtenido como premio. Frente al guerrero arcaico fiado en su brutal fuerza y su coraje violento, Odiseo une valor y audacia a su singular astucia. Por eso es el héroe preferido y protegido por Atenea.

No posee un gran reino ni una gran flota. No es hijo de un dios, sino de Laertes, un reyezuelo al que vemos retirado en su vejez a cuidar su campo modesto en Ítaca. Y, por parte de madre, es nieto de Autólico, hijo de Hermes y un redomado ladrón de ganado (o bien de Sísifo, según otros autores; del Sísifo famoso por sus astutos engaños). En el interior de su palacio, en su larga ausencia, está Penélope, ejemplo de fidelidad conyugal.

Y junto a ella el joven Telémaco, enfrentado a los voraces y soberbios pretendientes que amenazan su vida y su futuro. Ítaca y sus familiares aguardan a Odiseo durante veinte años: diez duró la guerra de Troya y otros tantos el regreso. La *Odisea* es un *nóstos*, un regreso como el de otros héroes supervivientes de la guerra de Troya, especialmente largo y azaroso. Un *nóstos* que resulta mucho más accidentado, desde luego, que el de Agamenón y el de Menelao, que tendrá, gracias al talante de Odiseo, pero también gracias a la fidelidad de Penélope y el arrojo de Telémaco, un merecido final feliz.

La espera en Ítaca se va prolongando demasiado. Penélope debe tomar marido cuando su hijo alcance la edad de la hombría. El tiempo apremia, pues, para el regreso cuando comienza el poema relatando la situación en Ítaca y el apuro de los suyos. Durante los cuatro primeros cantos, Odiseo no aparece, y es el joven Telémaco quien los protagoniza, viajando en busca de él.

Es la parte denominada «Telemaquia». El viaje de Telémaco no logra su objetivo primero: encontrar a su padre, pero sí sirve para mostrar que el joven príncipe es digno de su memoria. En sus visitas a Pilos y Esparta, Telémaco encontrará a Néstor y a Menelao y Helena, que le hablarán del glorioso Odiseo, y del final de la guerra de Troya. De modo que la *Odisea* viene a ser una continuación de la *Ilíada*, y es en ella donde se refiere el final de la larga contienda. Esos relatos un tanto nostálgicos –de Néstor y de Menelao– reafirman la condición de gran héroe épico de Odiseo y avivan su memoria. Luego, ya en el canto V, vemos en escena, por fin,

al héroe, que añorando su patria lejana, en la playa de la isla idílica de la ninfa Calipso, contempla entristecido el horizonte del mar. Allí Odiseo lleva ya ocho años, deseando zarpar de nuevo, tenaz y ahora en solitario, hacia su hogar. En vano la ninfa amorosa le ha ofrecido la inmortalidad si se queda con ella. Odiseo no quiere ser inmortal, sino regresar a su pedregosa Ítaca, junto a su fiel Penélope.

Desde las costas de Troya, cercana al Helesponto, hasta la isla de Ítaca, al sur del Adriático, la distancia por mar puede cubrirla un barco en muy pocos días. Pero el periplo de Odiseo dura diez años y se transforma en una navegación arriesgada por lejanos confines. El *polytropos* Odiseo ha de vagar por muy extrañas costas antes de arribar de nuevo a Ítaca, y lo hará, al fin, sin sus naves y sin sus compañeros. Tuvo que ir hasta el mismo Hades, el sombrío país de los muertos, situado en un tenebroso borde del Océano, para allí entrevistarse con el adivino Tiresias, según consejo de la maga Circe. ¡Tan laberíntico se le hizo el viaje de vuelta! Perseguido por el rencor del dios Poseidón y amparado de cuando en cuando por la diosa Atenea, sufrirá Odiseo terribles reveses y sólo diez años después de arrasar Troya llegará a su hogar en Ítaca. No sólo el espacio sino también el tiempo se han dilatado en esta odisea del héroe muy astuto y muy sufrido. Todos esos peligros y angustias ponen de relieve el talento y el talante de nuestro protagonista, osado cuando la ocasión lo requiere, arriesgadamente curioso a veces —como en la cueva del cíclope y ante las sirenas—, y hábil de palabra y de manos. Sabe construirse una almadía de troncos

para salir de la isla de Calipso, y él mismo se construyó su lecho de bodas sobre el tronco de un olivo en su palacio de Ítaca. Sabe dirigirse con palabras certeras a unos y otros; dialogar con el cíclope y suplicar a Nausícaa.

Es el paradigma de un héroe de nuevo perfil: el aventurero marino que sabe seducir y salir de los apuros gracias a su astucia. Como otros héroes míticos aventureros, como Teseo y Jasón, por citar dos ejemplos, aprovecha bien sus éxitos con las mujeres –con Circe, Calipso y Nausícaa– para proseguir luego hacia su destino. Que, en su caso, es sólo el de volver a su casa. Esas estancias en las islas de la maga y la ninfa sirven para justificar la larga demora del retorno: Circe le retiene a su lado todo un año, Calipso siete. Pero él nunca olvida su meta. Si el mar proceloso y un dios enemigo le complican la marcha, él intenta siempre sacar provecho de sus encuentros, pero mantiene en su mente y su corazón la imagen de Ítaca. Si Odiseo tarda tanto en volver, a pesar suyo, así tendrá luego mucho que contar, ciertamente. La larga demora sirve para que exista la compleja narración de la *Odisea*. «Cuando vuelvas a Ítaca ruega que sea largo el viaje», escribe Cavafis en su poema «Ítaca».

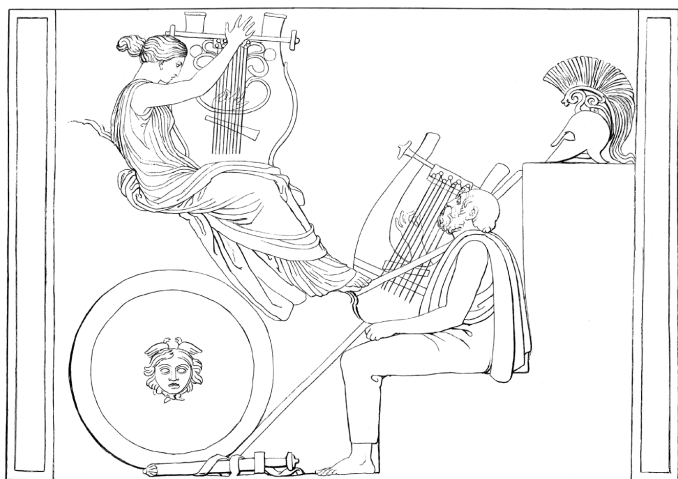
Su estancia en Feacia revela más a fondo la paciencia del experimentado Odiseo, su habilidad para el trato con los otros, su destreza retórica y su arrogancia y habilidad para el disfraz. Esa capacidad para sufrir en silencio las adversidades sin doblegarse ante ellas se muestra sobre todo cuando asiste como mendigo a las tropelías de los pretendientes en su propio palacio y allí sufre sus

Nota bibliográfica

- BERMEJO, J. C., GONZÁLEZ, F. J., y REBORDA, S., *Los orígenes de la mitología griega* (S. Reboreda: «Odiseo, el héroe peculiar», pp. 301-412), Akal, Madrid, 1996.
- BOITANI, P., *La sombra de Ulises*, Península, Barcelona, 2001.
- , *Sulle orme di Ulisse*, Il Mulino, Bolonia, 1998.
- CABRERA, P., y OLMOS, R. (eds.), *Sobre la Odisea*, Madrid, Polifemo, 2003.
- CARLIER, P., *Homère*, Fayard, París, 1999.
- CHOZA, J. y P., *Ulises, un arquetipo de la existencia humana*, Ariel, Barcelona, 1996.
- CORS I MEYA, J., *El viatge al món dels morts en l'Odissea*, Universidad Autònoma, Barcelona, 1981.
- EISENBERGER, H., *Studien zur Odyssee*, Wiesbaden, 1973.
- ERBSE, H., *Beiträge zur Verständniss der Odyssee*, Berlín, 1972.
- FERNÁNDEZ-GALIANO, M., «Introducción» a Homero, *Odissea*, Gredos, Madrid, 1982.
- FINLEY, J. H. Jr., *Homer's Odyssey*, Harvard University Press, 1978.
- FINLEY, M. I., *El mundo de Odiseo*, México, FCE, 1961.
- GARCÍA GUAL, C., «Introducción» a Homero. *Iliada. Odisea*. Espasa, Madrid, 1999.
- , *Diccionario de mitos*, Siglo XXI, Madrid, 2003.
- GERMAIN, G., *Genèse de l'Odyssée: le fantastique et le sacré*, París, 1954.



ODISEA



Canto I

Háblame, Musa, del hombre de múltiples tretas que por muy largo tiempo anduvo errante, tras haber arrasado la sagrada ciudadela de Troya, y vio las ciudades y conoció el modo de pensar de numerosas gentes. Muchas penas padeció en alta mar él en su ánimo, defendiendo la vida y el regreso de sus compañeros. Mas ni aun así los salvó por más que lo ansiaba. Por sus locuras, en efecto, las de ellos, perecieron, ¡insensatos!, que devoraron las vacas de Helios Hiperión. De esto, parte al menos, diosa hija de Zeus, cuéntanos ahora a nosotros.

10

Por entonces ya todos los demás que de la abrupta muerte habían escapado se hallaban en sus hogares puestos a salvo de la guerra y del mar. Y sólo a él, ansioso del regreso y de su esposa, lo retenía una ninfa vene-

nable, Calipso, divina entre las diosas, en sus cóncavas grutas, deseosa de que fuera su marido. Aun cuando ya, en el transcurso de los años, llegó el tiempo en que los dioses habían fijado que volviera a su casa, a Ítaca, todavía entonces no estaba a salvo de peligros ni en la compañía de los suyos.

20 Todos los dioses se compadecían de él, a excepción de Poseidón, quien se mantuvo sin tregua irritado contra el divino Odiseo hasta que alcanzó su tierra. Pero éste se había ido a visitar a los etíopes que habitan lejos –a los etíopes, que están divididos en dos grupos, los más remotos de los humanos, unos por donde se pone Hiperión, los otros por donde sale– y allá asistía a una hecatombe en su honor de toros y carneros.

Mientras él disfrutaba del festín presenciándolo, los otros dioses se habían reunido en el palacio de Zeus Olímpico. Y entre ellos comenzó a hablar el Padre de los hombres y los dioses, pues se había acordado en su ánimo del irreprochable Egisto, al que ya diera muerte
30 el muy ilustre Orestes, hijo de Agamenón. Acordándose él de éste, dirigió sus palabras a los inmortales:

«¡Ay, ay! ¡Cómo les echan las culpas los mortales a los dioses! ¡Pues dicen que de nosotros proceden las desgracias cuando ellos mismos por sus propias locuras tienen desastres más allá de su destino! Así ahora Egisto que, más allá de las normas, tomó por mujer a la esposa legítima del Atrida y a él lo mató, a su regreso, sabiendo que así precipitaba su muerte, puesto que de antemano le dijimos nosotros, enviando a Hermes el Argifonte, diestro vigía, que no le matara ni pretendiera a su mujer. Porque habría de llegar por mano de

Orestes la venganza del Atrida, cuando éste llegara a la 40
juventud y sintiera la nostalgia de su país. Así se lo comunicó Hermes, pero no convenció con su buen consejo el entendimiento de Egisto. Y ahora lo ha pagado todo junto».

Le respondió entonces la diosa Atenea de ojos glaucos:

«¡Oh, Crónida, padre nuestro, el más excelso de los poderosos! ¡Con una muerte muy del todo apropiada yace él muerto! ¡Como ojalá perezca también cualquier otro que tales delitos cometa!

»Sin embargo, a mí se me desgarran el corazón por el valeroso Odiseo, el desventurado, que todavía lejos de los suyos sufre pesares en una isla batida por las olas, allí 50
donde está el ombligo del mar, isla boscosa donde tiene su morada una diosa, la hija del temerario Atlante, quien conoce los abismos del mar todo y que aguanta él solo las enormes columnas que mantienen a distancia la tierra y el cielo.

»Su hija retiene al infeliz, que se lamenta, y una y otra vez lo embelesa con suaves y taimadas palabras para que se olvide de Ítaca. Por su parte, Odiseo, que anhela incluso el ver el humo que se levanta de su tierra, siente deseos de morir.

»¿Y ni con eso se te conmueve el corazón, Olímpico? 60
¿Es que no te era querido Odiseo cuando en tu honor te ofrecía las víctimas que sacrificaba junto a las naves de los argivos en la anchurosa Troya? ¿Por qué tanto te has encolerizado contra él, Zeus?».

En respuesta le habló el amontonador de nubes, Zeus:

«¡Hija mía, qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¿Cómo iba yo a olvidarme tan pronto del divi-

no Odiseo, que tanto sobresale entre los mortales por ingenio y que más que ninguno ofreció sacrificios a los dioses inmortales, que habitan el amplio cielo?

70 »Pero Poseidón, que ciñe la tierra, de continuo sin tregua se mantiene enfurecido a causa del cíclope, al que le cegó el ojo, a causa de Polifemo, cuyo poder es supremo sobre todos los cíclopes. Le dio a luz la ninfa Toosa, hija de Forcis, quien reina sobre el mar estéril, una vez que se unió a Poseidón en cóncavas grutas. Por eso, en efecto, Poseidón, sacudidor de la tierra, no llega a dar muerte a Odiseo, pero lo aleja de su tierra patria.

»Mas, venga, nosotros, los aquí reunidos meditemos todos su regreso, a fin de que llegue. Y Poseidón depondrá su rencor. Porque no podrá sostener su cólera contra todos los inmortales, él solo en contra de la voluntad de los dioses».

80 Le respondió en seguida la diosa Atenea de ojos glaucos:

«Oh, padre nuestro, Crónida, el más excelso de los poderosos, si es que ya ahora les es grato a los dioses felices el que regrese el muy prudente Odiseo a su hogar, mandemos al instante a Hermes el Argifonte como mensajero a la isla Ogigia, para que lo más pronto posible le diga a la ninfa de hermosas trenzas la ineludible decisión, el regreso del sufrido Odiseo, para que él salga de allí.

90 »Por mi lado yo me iré a Ítaca con el fin de animar más a su hijo e infundirle coraje en sus entrañas para que, convocando a asamblea a los aqueos de larga cabellera, contenga a los pretendientes todos, los cuales de continuo le degüellan incontables ovejas y vacas de negras pezuñas y cuernos retorcidos. Le enviaré a Esparta y

a la arenosa Pilos, para que indague sobre el regreso de su querido padre, a ver si escucha algo y para que obtenga noble fama entre las gentes».

Después de que así hubo hablado, se ajustó en los pies las hermosas sandalias, divinas, áureas, que la transportaban sobre la mar o la tierra ilimitada a la par de las ráfagas del viento. Tomó consigo la aguerrida lanza, guardada de afilado bronce, robusta, larga, pesada, con la que desbarata las filas de los bravos guerreros cuando contra ellos se enfurece la hija del augusto padre. 100

Bajó lanzándose desde las cumbres del Olimpo, y se detuvo en medio de la población de Ítaca, en el atrio de Odiseo, ante el umbral del patio. Sostenía en su mano la bronceína lanza, tomando el aspecto de un forastero, Mentos, caudillo de los tafios.

Encontró allí a los arrogantes pretendientes. Éstos alegraban entonces su ánimo con juegos de dados, tumbados ante el portón sobre pieles de bueyes, que habían matado ellos mismos. A su lado se encontraban los heraldos y los prestos sirvientes; los unos mezclaban en las cráteras el vino y el agua, los otros, luego, con esponjas de mil agujeros limpiaban las mesas y las disponían ante ellos y otros trinchaban las abundantes carnes. 110

Fue muy primero en verla Telémaco de aspecto divino. Estaba, pues, sentado en medio de los pretendientes, abrumado en su corazón, cavilando en su interior acerca de su noble padre. ¡Ojalá regresara y aventara a los pretendientes de su mansión, recobrara su dignidad y reinara en sus dominios! Mientras esto meditaba, sentado entre los pretendientes, divisó a Atenea y marchó derecho hacia el atrio. Estaba enojado en su ánimo de que un fo- 120

rastero se quedara así ante su puerta. Colocándose a su vera, le tomó la mano derecha, le recogió la bronceína lanza y, saludándola, le dirigió palabras aladas:

«¡Salve, extranjero, entre nosotros serás un amigo! Luego, cuando te hayas saciado en el banquete, nos contarás lo que te urge».

Después de decirle esto la guiaba y ella lo seguía, Palas Atenea.

130 Cuando ya estuvieron dentro de la alta sala, dejó la lanza enhiesta en la bien pulida lancera, apoyándola contra una columna, donde estaban otras muchas lanzas del sufrido Odiseo. A ella la lleva a sentarse en un sillón, poniéndole debajo una hermosa alfombra de lino, muy artística. A sus pies tenía un escal.

Allí al lado se colocó él un asiento de vivos colores, apartado de los demás, de los pretendientes, a fin de que el forastero, molestado por el griterío, no se disgustara del banquete, al encontrarse en medio de aquellos insolentes, y para poderle preguntar acerca de su padre ausente.

140 Una sirvienta escanció el aguamanos que traía en una bella jarra de oro sobre una jofaina de plata, para que se lavaran. Y junto a ellos dispuso una pulida mesa. La venerable dispensera trajo comida y la colocó sobre ella, dejando muchos trozos escogidos en especial favor a los allí presentes. El trinchante les dejó al alcance, escogiéndoselas, platos con carnes de toda clase, y les dispuso también unas copas de oro. Y un heraldo iba y venía a menudo escanciándoles vino.

Entraron los principescos pretendientes. Luego unos tras otros en hilera se sentaron en sillones y bancos. Los heraldos les vertían agua sobre las manos en tanto que

las esclavas amontonaban el pan en las canastas y los mancebos colmaban hasta los bordes los cántaros de vino. Ya ellos sobre las viandas dispuestas delante lanzaban sus manos.

Después, apenas hubieron saciado su apetito de comida y bebida, los pretendientes ocuparon su atención en otras cosas: el canto y la danza, que son, desde luego, la corona del festín. 150

Un heraldo le puso en las manos la espléndida lira a Femio, quien cantaba para los pretendientes por obligación. En tanto que éste, pulsando la lira, entonaba un bello cantar, decíale Telémaco a Atenea de ojos glaucos, aproximando su cabeza, de modo que no se enteraran los demás:

«Querido huésped, ¿te enojarás conmigo por lo que voy a decirte? Ésos, por su cuenta, se ocupan de esto: la cítara y la canción, sin reparos, mientras devoran gratis 160 los bienes ajenos, los de un hombre cuyos blancos huesos acaso se pudren bajo la lluvia tirados por tierra o tal vez en el mar los voltean las olas. Con sólo que le vieran de regreso en Ítaca, todos preferirían ser más ligeros de pies a ser más ricos en oro y vestidos.

»Pero él sin duda ha muerto en aciago destino, y no nos queda consuelo ninguno, aunque alguno de los hombres sobre la tierra asegure que ha de volver. Se ha esfumado su día de regreso.

»Conque, vamos, dime y refiéremelo sinceramente: ¿quién eres, de qué gente? ¿Dónde están tu ciudad y 170 tus padres? ¿En qué nave llegaste? ¿Cómo los marineros te condujeron a Ítaca? ¿Quiénes se jactaban de ser? Porque, en efecto, no creo que aquí hayas llegado a pie.

»Aclárame también cabalmente, para que lo sepa bien, si nos visitas por primera vez o si ya eres un huésped de mi padre, puesto que muchos hombres acudían a nuestra casa, ya que él también frecuentaba a las gentes».

Le respondió a su vez la diosa Atenea de ojos glaucos:

180 «Pues bien, te lo diré cabalmente, desde luego. Proclamo que soy Mentos, hijo del prudente Anquialo, y reino sobre los tafios, amigos de los remos. Ahora he arribado aquí con mi nave y mis compañeros navegando en el mar de faz vinosa hacia gentes de otro país, hacia Témesa, en pos de bronce, y transporte refulgente hierro. Mi nave está ahí, varada ante el campo a un lado de la ciudad, en el puerto Reitro, al pie del boscoso Neyo.

»Huéspedes el uno del otro por parte paterna podemos jactarnos de ser desde antiguo, si es que vas y se lo preguntas al viejo Laertes, el héroe; que cuentan que ya
190 no viene a la ciudad, sino que soporta sus penas en un lugar retirado en el campo, junto a una anciana sirviente, que cuida de su comida y su bebida, cuando la fatiga invade sus rodillas al arrastrar los pies por el terruño de su fértil viñado.

»Ahora acabo de llegar. Pues me habían dicho que ya estaba en el país tu padre. Pero, por lo visto, le obstaculizan el camino los dioses; que no ha muerto aún sobre la tierra el divino Odiseo, sino que, en vida, en algún lugar está retenido en medio del amplio mar, en una isla batida por las olas, y lo detienen hombres salvajes, feroces, que lo demoran en contra de su voluntad.

200 «Pero ahora voy a darte un vaticinio, tal cual en mi ánimo lo inspiran los inmortales y como confío que ha de cumplirse, y no porque yo sea adivino de oficio ni un ex-

perto en augurios. Ya no estará largo tiempo lejos de su querida tierra patria, ni aunque lo retengan con cadenas de hierro. Se las ingeniará para regresar, pues es pródigo en tretas.

»Conque, venga, dime y refiéreme sinceramente si tú eres hijo, tan mayor ya, del propio Odiseo. De un modo tremendo te le asemejas en la cabeza y los bellos ojos, a él, cuando con frecuencia nos juntábamos antes de que partiera hacia Troya, donde también zarparon otros, los mejores de los argivos, en las cóncavas naves. Desde entonces ni yo he visto a Odiseo ni él a mí». 210

A ella, a su vez, le contestó el sagaz Telémaco:

«Pues bien yo te hablaré, huésped, muy sinceramente. Mi madre asegura que soy hijo de éste, yo no lo sé. Pues nunca nadie ha sabido quién le engendró. ¡Ojalá fuera yo hijo de un hombre cualquiera dichoso, al que la vejez le llegara en medio de sus posesiones! Lo que es ahora, de quien resultó ser el más desdichado de los hombres mortales, de ése afirman que nací, ya que me lo preguntan». 220

Le replicó entonces la diosa Atenea de glaucos ojos:

«En verdad no te dieron una stirpe falta de renombre futuro los dioses, cuando te parió así Penélope. Mas, vamos, dime y explícame detenidamente esto:

»¿Qué banquete, qué reunión es ésta? ¿Qué necesidad tenías de ella? ¿Es un festín, una boda? Porque no es esto una comida a escote. Que me parece que estos insolentes pretendientes banquetean en tu casa sin medida alguna. Se enfurecería al ver tales desafueros cualquier hombre sensato que aquí se presentara».

Le replicó entonces el sagaz Telémaco: 230

«Huésped, ya que me lo preguntas y lo inquieres, se ufanaba antaño esta casa de ser rica e irreproachable, mientras aún estaba en su país aquel hombre. Pero ahora de otro modo lo quisieron los dioses que planearon sus desgracias, que hicieron que él desapareciera de entre todos los humanos. Pues ni con su muerte me habría apenado tanto, ni si junto a sus compañeros hubiera caído en el país de los troyanos o en brazos de sus familiares, tras de haber cumplido su esfuerzo en la guerra; entonces habrían construido un túmulo todos los aqueos, y habría legado a su hijo una gran gloria para el futuro.

240 »Pero ahora las Harpías lo han arrebatado de manera infame. Desapareció sin rastro, ignorado, y a mí me ha dejado quebrantos y lamentos. Y al llorarle no sollozo por él sólo, ya que otros motivos de duelo me han creado los dioses. Pues todos los nobles que ejercen un mando en las islas, en Duliquio, en Same y en la boscosa Zacintos, y cuantos tienen dominios en la pedregosa Ítaca, todos ellos pretenden por esposa a mi madre y arruinan mi casa. Ella ni rechaza el odioso matrimonio ni
250 puede ponerle un límite. Ellos consumen, devorándola, mi hacienda, y ya pronto acabarán también conmigo».

Le contestó, indignándose, Palas Atenea:

«¡Ay, ay, cuán mucho necesitas al ausente Odiseo, que ponga sus manos sobre los desvergonzados pretendientes!

»Ojalá que, llegando ahora, se plantara en la puerta delantera de la casa, con su casco y su escudo y sus dos lanzas, apareciendo tal cual yo le vi por vez primera cuando bebía y se divertía en nuestra mansión, al regresar de Efira, del palacio de Ilo Mermérica. Allí fue, en
260

efecto, en su rauda nave Odiseo para solicitar un veneno mortífero con el que le fuera posible untar sus flechas de punta bronceína. Pero aquél no se lo dio, porque sentía temor de los dioses sempiternos; y se lo dio mi padre, que le quería tremendamente. ¡Ojalá que con tal arrogancia se enfrentara Odiseo a los pretendientes! ¡Breve sería el destino de todos y sus bodas amargas!

»Mas desde luego está en las rodillas de los dioses eso, si va a vengarse al regresar a su palacio o si no. Pero a ti te invito a meditar en cómo vas a expulsar a los pretendientes fuera de tu mansión. Vamos, presta atención y aprovecha mis consejos. 270

»Convoca mañana en asamblea a los héroes aqueos y exponles a todos tu decisión, y que los dioses sean testigos. Ordena a los pretendientes que se vayan, cada uno por su lado, a sus posesiones; y en cuanto a tu madre, si su ánimo la impulsa a casarse, que se retire a la casa de su muy poderoso padre. Le procurarán una boda y le dispondrán muy muchos regalos de dote, cuantos le convienen a una hija querida.

»A ti mismo te aconsejaré francamente, por si me haces caso. Tomando una nave con veinte remeros, la mejor que encuentres, ve a informarte acerca de tu padre tan largo tiempo ausente, a ver si alguno de los mortales te dice algo o si escuchas la voz de Zeus, que de modo supremo lleva la fama a los humanos. 280

»Primero vete a Pilos y pregunta al divino Néstor, y de allí a Esparta, al hogar del rubio Menelao. Pues él ha sido el postrero en volver de los aqueos de bronceína túnica. Si oyes que tu padre está vivo y que regresa, puedes aún, aunque estés agobiado, soportar un año más. Pero

290 si escuchas que ha muerto y no vive ya, regresa luego a tu querida tierra patria y eleva una tumba en su honor y dedícale muy numerosas exequias, todas las que es justo, y entrega tu madre a otro hombre.

»Una vez que hayas concluido y ejecutado todas estas cosas, medita entonces en tu mente y tu ánimo de qué modo matar a los pretendientes, si con trampa o abiertamente. No debes andar en niñerías, que ya no tienes tal edad.

300 »¿Es que no has oído qué gran fama ha cobrado el divino Orestes ante todas las gentes por haber dado muerte al asesino de su padre, a Egisto de traidora mente, el que había matado a su padre? También tú, amigo, pues te veo hermoso y grande, sé valiente, para que cualquiera, incluso de los venideros, hable bien de ti.

»Yo, por mi lado, me voy ya a mi nave rápida y con mis compañeros, que sin duda ya están cansados de aguardarme. Cuídate de ti mismo, y atiende a mis consejos».

Le contestó, a su vez, el sagaz Telémaco:

310 «Huésped, cierto que me dices eso con ánimo benévolo, como un padre a su hijo, y nunca olvidaré tus palabras. Pero, ea, quédate ahora, por más que desees la partida, hasta que, dándote un baño y habiendo deleitado tu corazón, tengas tu regalo y con ánimo alegre te encamines a tu nave, con un digno obsequio, muy hermoso, que tendrás como un tesoro, de mi parte, como los huéspedes amigos dan a los que hospedan».

Le respondió luego la diosa Atenea de glaucos ojos:

«No me retengas ahora más, que ya anhele el camino. El regalo que tu corazón te incita a ofrecerme, ya me lo darás otra vez, cuando vuelva, para que me lo lleve a mi

casa, y escogiéndolo muy hermoso. Te valdrá la pena por la compensación».

Entonces, tras de haber hablado así, partiose Atenea de glaucos ojos. Como un pájaro salió volando y desapareció. Le infundió a él coraje y audacia en el ánimo, y le rememoró a su padre aún más que antes. Él lo advirtió en su interior y quedó asombrado en su espíritu, pues se percató de que era un dios. Y al momento se dirigió hacia los pretendientes. 320

Para ellos cantaba el muy ilustre aedo y éstos estaban sentados en silencio escuchándole. Y él cantaba el regreso cruel de los aqueos, que desde Troya había dirigido Palas Atenea. Y su canto de origen divino lo captó en sus entrañas desde el piso de arriba la hija de Icarío, la prudente Penélope. Descendió la alta escalinata de su casa, no sola, sino que la escoltaban dos criadas. 330

Cuando ella, la divina entre las mujeres, llegó ante los pretendientes, se detuvo ante el pilar central del techo bien trabajado, sosteniendo delante de sus mejillas su tenue velo. A cada lado se colocó, como es natural, una sirvienta sensata. Y luego, llorosa, le habló al divino aedo:

«Femio, tú sabes, sí, muchas otras historias fascinantes de héroes, hazañas de hombres y de dioses, que los aedos hacen famosas. Una cualquiera de éstas canta para éstos, sentado a su lado, y que ellos en silencio beban el vino. Pero deja ese canto cruel, que sin cesar me desgarras el corazón; porque me ha hincado muy a fondo una pena inolvidable. Pues siento la añoranza de su rostro, recordándole siempre, a ese hombre cuya fama es amplia por la Hélade y en el centro de Argos». 340

A su vez le contestó a ella en réplica el juicioso Telémaco:

«Madre mía, ¿por qué ahora le impides al muy fiel aedo que nos deleite, del modo en que le impulsa su mente? No son en nada culpables los aedos, sino que en cierto modo es Zeus el responsable, quien da a los mortales comedores de trigo lo que quiere y como quiere, a cada uno. No es motivo de indignación contra éste el que cante el triste final de los aqueos. Que los hombres celebran más el canto que les resulta el más novedoso a los oyentes. Que tu corazón y tu ánimo se armen de valor para oírlo. Pues no fue Odiseo el único que perdió el día del regreso en Troya, sino que también muchos otros guerreros allí perecieron.

»Así que vete adentro de la casa y ocúpate de tus labores propias, del telar y de la rueca, y ordena a las criadas que se apliquen al trabajo. El relato estará al cuidado de los hombres, y sobre todo al mío. Mío es, pues, el gobierno de la casa».

Ella quedose pasmada y se retiró de nuevo hacia dentro de la casa. Pues había guardado en su ánimo la sagaz advertencia de su hijo. Subiendo a las habitaciones de arriba con sus sirvientas lloraba entonces por Odiseo, hasta que un dulce sueño sobre sus párpados derramó Atenea de ojos glaucos.

Los pretendientes atronaron a gritos las umbrosas salas, y todos expresaron sus deseos de acostarse con ella en su lecho.

A éstos se dirigió el sagaz Telémaco con estas palabras: «¡Pretendientes de mi madre que mantenéis una soberbia insolencia! Ahora disfrutemos del banquete y que

no haya alboroto, porque es hermoso el escuchar a un aedo como éste, semejante en su voz a los dioses. Al amanecer iremos todos a tomar asiento en el ágora, para que sin tapujos os diga un discurso: que salgáis de mi palacio y os procuréis otros banquetes, comiendo a vuestras expensas y convidándoos unos a otros en vuestras casas. 370

»Pero si os parece que es más provechoso tratar de arruinar, sin pago alguno, la hacienda de un solo hombre, arrasadla. Yo invocaré a gritos a los dioses sempiternos que ojalá Zeus permita que vuestros hechos sean retribuidos y que entonces, sin pago ninguno, perezcáis dentro de este palacio».

380

Así dijo. Ellos, clavando sus dientes en sus labios, admiraron a Telémaco que había hablado con audacia. A su vez le contestó Antínoo, hijo de Eupites:

«Telémaco, en verdad que ahora te enseñan los mismos dioses a ser de palabra altanera y a discursar con coraje. ¡Así no te haga rey el Crónida en la marina Ítaca, lo que por nacimiento es tu herencia paterna!».

Le replicó entonces el sagaz Telémaco:

«Antínoo, sin duda vas a irritarte conmigo por lo que te diga. Justamente eso es lo que quisiera conseguir, si Zeus lo permite. ¿Es que afirmas que es lo peor que les ocurre a los humanos? No es nada malo reinar. Al instante la casa se hace rica y uno mismo es más respetado. 390

»Pero es cierto que hay otros muchos personajes regios de los aqueos en la marina Ítaca, jóvenes y viejos, y uno cualquiera de ellos puede tener esta dignidad, ya que ha muerto Odiseo divino. En tal caso, yo seré soberano de nuestro palacio y nuestros esclavos, que me trajo como botín de guerra el divino Odiseo».

Le habló entonces Eurímaco, hijo de Pólipo:

400 «¡Telémaco! Está, desde luego, en las rodillas de los dioses lo de quién ha de reinar en la marina Ítaca, sobre los aqueos. Que tú conserves tus riquezas y seas dueño y señor en tu palacio. Ojalá que no llegue algún hombre que te despoje por la violencia de tus posesiones, mientras esté Ítaca poblada.

»Pero quiero, amigo mío, preguntarte sobre el forastero, de dónde es ese hombre. ¿De qué tierra proclama ser? ¿Dónde tiene su linaje y su tierra patria? ¿Acaso trae alguna nueva de tu padre ausente, o ha llegado buscando un provecho propio? ¡Qué pronto se levantó y se marchó, sin esperar a ser reconocido! En verdad que por su aspecto no se parecía a un individuo cualquiera».

A éste le contestó luego el sagaz Telémaco:

«¡Eurímaco, ya se esfumó el regreso de mi padre! Pues ya no me dejo persuadir por noticias de que vuelve de algún lugar, ni confío en un presagio que, llamándome al salón, me cuente mi madre como enviado por los dioses.

»Ése es un huésped mío, por parte paterna, de Tafos. Se jacta de ser Mentos, hijo del prudente Anquíalo, y es por tanto soberano de los tafios, amigos del remo».

420 Así habló Telémaco; pero en su mente había reconocido a la diosa inmortal.

Ellos volvieron a divertirse con la danza y el seductor canto y se quedaron hasta la aparición del lucero vespertino. Y en estas diversiones les llegó el negro anochecer. En tal momento, por fin, con el propósito de acostarse se encaminó cada uno a su casa.

Telémaco se fue entonces a la cama, hacia donde tenía construido su elevado dormitorio en un lugar bien visi-

ble en el espléndido patio, y cavilaba muchas cosas en su mente. A su lado le llevaba las antorchas ardientes la leal y digna Euriclea, hija de Ope Pisenórida, que antaño 430 había comprado Laertes con sus propios bienes, cuando era aún una adolescente, y por ella había dado veinte bueyes. La había honrado igual que a una virtuosa esposa en su palacio. Jamás tuvo trato con ella en el lecho; así evitaba el rencor de su esposa.

Ésta llevaba a su lado las ardientes antorchas. Desde luego le quería mucho más que las esclavas, porque le había criado de niño. Abrió él las puertas del bien trazado dormitorio, se sentó sobre el lecho y desvistiose la suave túnica. La dejó en las manos de la cuidadosa anciana. Ella, reajustando los pliegues y estirándola, la colgó 440 de un clavo cerca del torneado lecho. Luego se salió de la cámara, cerró la puerta con el pasador de plata y aseguró el cerrojo con una falleba.

Allí él durante toda la noche, tapado con un vellón de oveja, meditaba en su mente acerca del viaje que le había sugerido Atenea.